

UNO | MAS | UNO

"La vuelta a la democracia cuanto antes. La vuelta a ese gris y mediocre régimen llamado democrático, el único compatible con la dignidad del hombre. Hemos visto todas las experiencias políticas y únicamente deseamos eso".

Ernesto Sábato, en declaraciones a unomásuno, 22 de diciembre de 1981.

En medio de la miseria cultural que padece la Argentina de hoy, Sábato surge con una de las excepciones. Podría ser un punto de partida. Otro: que en ese país humillado por los Videla, los Viola y los Galtieri, Sábato es de los que han podido denunciar la circularidad de su crisis porque ya se sabe de memoria que no hay círculos virtuosos. Una tercera alternativa de arranque: Sábato ha comprendido que si los intelectuales están penetrados por los privilegios del poder, la única manera de desprenderse de esa oleaginosa complicidad consiste en cuestionarla (y cuestionarse) día a día. Sobre todo cuando se trata de las convivencias emitidas por los módicos y enlacados generales argentinos de 1981.

De ahí es que —realmente— me parezcan aciertos de Sábato sus ataques a la irrepresentatividad de los militares argentinos que oscilan entre los más sórdidos codazos condicionados por su avidez política y la sofisticada bestialidad que han puesto en práctica. Sobre todo cuando tuvieron que producir ese peculiar discurso que emite el cuerpo de la víctima al ser estrujado. Y también acierta Sábato tanto al apuntar los nexos entre la teoría de la escuela de Chicago y los intereses de los Rockefeller, como al destacar el implacable autoritarismo que requiere una economía como la propuesta por los Friedman y los Martínez de Hoz. Ya sea en Corea del Sur, en Formosa o en Chile de Pinochet.

Incluso, resulta ejemplar Sábato cuando presiente que los

Argentina

Sábato: los límites de la imaginación liberal

David Viñas/ I

tironeos entre lo que Viola implicaba y lo que Galtieri presupone se corresponden no sólo con la advertencia por parte del ejército de un "ablandamiento" prematuro de Viola (con su correlativo y renovado intento de populismo castrense), sino con esa circularidad que se transforma en continuo histórico al ver la reaparición del "elenco estable" representado por los Alemann o los Costa Méndez, conocidos de sobra desde el *onganiato* de 1966. Y tan impávidos como dispuestos a ser lo que les manden.

Porque ¿qué vibra en el envés de ese *catastrofismo* al que tanto alude Sábato? Me sospecho: un triunfalismo anterior al 76 que parecía justificado hasta la exaltación. Y que mirando de más cerca el contexto de sus palabras, remite a una secuencia del pensamiento liberal argentino. Para no abundar.

Es que en primera instancia, el *catastrofismo* en el que insiste (y encalla) Sábato, con su previsible y anterior revés de victorialisimos, alude a una imagen del escritor que si con Víctor Hugo —digamos— se remontaba en omnipotencias, cien años después se crispa en la impotencia. Lo que se creía sobrevolaba como águila, se ha trocado en algo desconsolado y diminuto. Rastignac entonces, hoy larva arrugada a lo Bec-

kett. O tartajeante clochard correspondiente a un espacio "sin cualidades". No ya la muerte de Dios, entonces, sino la liquidación del hombre. Esto es, del hombre burgués.

Y a continuación: el insistente *catastrofismo* enunciado por Sábato a través de su manejo del tiempo, alude a la temporalidad de Poe. En cuyos cuentos se inaugura la producción del terror literario. El efecto se obtiene, fundamentalmente, mediante un procedimiento de "caída": al escindir el presente del pasado y del futuro, se logra una exasperación del ahora. Para el cual si el pasado se mutila, el futuro se niega. Y es precisamente, ese vertiginoso "presentismo" absoluto el que cruje en el núcleo central del *catastrofismo* de Sábato.

De manera correlativa, la versión *catastrófica* de la historia que Sábato reproduce se conecta —en segundo lugar— con su apelación al espíritu: lo que acontece en la Argentina actual es "algo vinculado a lo más profundo del espíritu". Viejo tít de Sábato. Y antiguo tópico de la ideología difundida por el liberalismo de la revista *Sur*. Que partía, casualmente del enfrentamiento entre la "Argentina visible" y la "Argentina invisible" (como privilegio de una élite oftalmológica). Y que iba repitiendo —con los previsible matices coyunturales— la oposición entre la obscena materialidad de Buenos Aires y la pulcra espiritualidad de las provincias interiores, "verdaderas almas" del país. O el protodrama liberal planteado entre la "civilización" santificadora de Europa contrapuesto a la "barbarie" intolerable adjetivada por todo lo latinoamericano. Ni qué decir: el ascenso místico a un París entalcado como torre de marfil urbana que, prolijamente, servía para tomar distancia de la corporalidad más inmediata y descalificada. Así como a la "esposa de mi tierra" polarizada —en esta versión *diagnóstica*— con "mi querida de París".